

Eustaquio, ya no fue sino un cuerpo flotando. Lejos, espantosamente lejos de Engracia. Cerca, dolorosamente cerca de su ilusión. Justo en los linderos del espejismo.

Un desconcierto de ladridos salpicaba la oscuridad. Como si fuese un gemido distorsionado. Como si la muerte de Eustaquio hubiese convulsionado la entraña de la noche.

Eustaquio ya no fue sino un cuerpo flotando. Como una mojonera hecha de carnes y de hueso que sirviera para indicar, a los peregrinos del hambre, dónde está situado el lindero de la esperanza . . .

La Mina

La Mina

— ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? Mira que parece tener el cerebro lleno de telarañas. Y me da miedo verte así. Principalmente, porque, quién sino yo, va a saber lo inteligente, lo educado, lo estudioso, que llegaste a ser. Pero ahora, pues estás hecho una lástima.

Debo decirte que todos te han abandonado. Todos. Menos yo. Tú sabes que jamás podré estar donde tú no te halles junto de mí. Sabes que yo te acompañaré hasta la muerte. Pero, por mientras, me duele verte así. No eres ni la sombra de lo que fuiste. Ni siquiera me escuchas. . . ¿Verdad que no me escuchas?

— Sí, te estoy oyendo. Aunque no pueda contestarte. Las palabras no quieren salir de la garganta, pero las tengo aquí, medidas en lo hondo. Las siento palpar y estremecerse como si fueran mariposas aprisionadas. Quieren volar. Sólo que alguien o algo les desbarató las alas. Las tienen rotas. Y mi vientre es un cementerio de palabras quebradas.

— Háblame, por favor. No me veas así. Dime qué te pasa, dónde te duele.

— Sí, te hablo, Mariana, amor mío. Nada más que ni tú ni nadie pueden oirme. Me siento tan cansado que apenas aguanto a respirar. Tengo mucho coraje y me da vergüenza porque estás llorando por mí. Deja de llorar y vete. Mira que nos han dejado solos. Todos se han ido y quiero que tú, igualmente, te vayas lo más lejos que puedas. Allá donde el recuerdo no te alcance. No importa que tu ausencia sea el último dolor que soporte. Pero no es justo que te pudras a mi lado. Yo no sirvo. Déjame. Aquí me quedo. Esperaré a morir tan lentamente como el sol cuando se esconde entre las montañas.

Tú en cambio tienes derecho a la vida. Eres joven. Eres bonita. Yo ya agoté mi existencia y mi razón. Déjame aquí, entre las fantasmas, entre las apariciones de quienes alguna vez fueron y ya no son sino en el recuerdo. Olvídame. No vale la pena que menciones el hecho de habernos conocido. De habernos amado. De habernos fundido. De haber tenido un hijo tan luminoso como la primera aurora del mundo.

— Háblame, Damián. No me veas así. Con esos ojos llenos de tristeza. . .

— Así te veo, Mariana. Es que quisiera llorar de rabia o de dolor. Pero no puedo. No me han dejado lágrimas. Se las llevaron. Me las arrebató el tiempo, la distancia, el viento que nos destruyó el andamiaje del alma, la muerte de nuestro hijito. Ya no tengo lágrimas Mariana. ¿Cómo entonces quieres que te vea? Porque me falta llanto pero me sobra pena.

Este pueblo está maldito. Por eso lo abandonaron. Nada más que entre las ruinas, las sombras, el camposanto y la soledad, quedan nuestras voces.

Estamos solos. Ahora podemos entrar y salir a cualquier casa

sin quién nos reprenda. Ahora podemos jugar y correr por las calles como cuando éramos niños. Por primera vez, el pueblo nos pertenece.

Dices que todos se han ido. De seguro que tu familia, también. ¿Por qué no los acompañaste? ¿Para qué querías quedarte con un loco? ¿O será, Mariana, que estás perdiendo la razón?

— Quién te viera, Damián. Si llegaste a ser el orgullo del pueblo. Los que te conocieron, te admiraban por lo que eras, por lo que hacías, por lo que pensabas. Pero ahora. . . ahora . . .

— Nunca te platiqué la historia completa de cómo fui quedando al frente de la huelga. Cuando se inició el movimiento, supe desde luego que llevábamos las de perder. Porque el gobierno siempre ha favorecido a los gringos. Ya sabes lo que es la ambición y cuánta gente es capaz de cualquier cosa por unos cuantos dólares. Sólo que no era de seguir aguantando la explotación sin que nos reventara el coraje.

Cada vez que bajábamos a la mina, llevábamos la muerte junto de nosotros. Como si la fuéramos cargando. Y la vimos, muchas veces, asomarse a nuestros hombros. Si te dijera nombres. . . Unos apenas eran niños. A los diez, a los once, a los doce años, se veían obligados al trabajo. La miseria, tú sabes. El hambre, ya ves. Ellos nunca supieron de juegos. Crecieron de golpe. Pobres criaturas. . . Qué duro es crecer así. Siempre en las tinieblas. Empantanados. Violando las entrañas de la tierra. Respirando un aire que te quemaba. De plano ya no podía soportar verlos consumiéndose día tras día. Me acordaba de mi propia niñez.

Las noches que me viste llegar agüitado y sin habla, era porque no dejaba de pensar en mis pequeños compañeros. Era porque sufría, igual que ellos, la desgracia de sus vidas. Si te dijera, Mariana, que eso y muchas otras cosas me ocasionaban una molestia que se me hacía cada vez más difícil de soportar.

Aquél día de noviembre amaneció haciendo frío. El día estaba nublado y lluvioso. Me desperté con una aprensión muy grande. Tú sabes que nunca me gustaron los días nublados. Pero esa ocasión, me ahogó un presentimiento. Una corazonada de que algo desagradable estaba por ocurrir. Y así fue. Cuando acudí a la mina, la gente estaba amontonada haciendo fuerte barullo. El corazón comenzó a alborotarse.

— ¿Qué pasa? — le pregunté, apresurado, al primero que encontré.

— Matías, el capataz, está matando a Juliencillo.

Nomás escuchar eso, y corrí abriéndome paso a la fuerza. Una vez te lo dije: Juliencillo era mi ayudante. Y lo quería como si fuera el hermano que nunca tuve o el hijo que nunca creció. Acababa de completar los trece años. Pobre muchacho.

Tan luego logré romper el cerco de hombres que presenciaban la injusticia sin atreverse a actuar, ví al capataz, hecho una furia, que a puntapiés golpeaba el cuerpo indefenso y caído de Juliencillo.

Julián sangraba mucho. De todas partes. Y se retorció por lo que estaba sufriendo.

— ¡Párate, Matías! — grité con un grito que debió semejar-se al trueno, porque alcancé a ver cómo los demás se estremecían —. No lo pegues.

— Tú no eres quién para ordenarme. ¿Qué te traes? ¿Estás de acuerdo con tu ayudante? ¿No sabes que el muy sinvergüenza le robó unas monedas a Mr. Stevenson? ¿O tú lo mandaste? ¿O tú lo enseñaste a adueñarse de lo que no le corresponde? Anda. Confiesa.

— No es cierto — oí que explicaba alguien a quien no supe

reconocer—. Lo que pasa es que el gringo le reclama a Matías esas monedas. Y Matías le echa la culpa a tu ayudante. Pero no es cierto. El muchacho, ¿quién no lo sabe?, es bien honrado. Tan honrado como pobre.

— Y me lo dicen a mí — dije con una voz que nadie escuchó porque estaba pensando nada más que para mis adentros.

Entonces, no medí consecuencias. Me dejé caer sobre Matías. Le descargué todo el coraje que llevaba amontonado, no sé desde cuando, en algún lugar del cerebro. Le rompí la cara a puñetazos. Uno tras otro, sin contemplaciones.

El muy cobarde de Matías, se puso a llorar y a pedirme que tuviera compasión de él. Pero no supe de mí. Hasta que, a fuerza, lograron contenerme.

Juliencillo murió. Se lo fueron a entregar a una madre que lo único que tenía era su hijo. A mí me llevaron a la cárcel. Matías, por mientras, se la cobró con los compañeros. Los trataba como ni siquiera se trata a los animales. Hasta que ocurrió la tragedia. Los sostenes de la mina se cayeron de puro viejos y podridos. Veintisiete camaradas se quedaron adentro, atrapados. Escuché la alarma desde la prisión. Después, adiviné los pasos apresurados, los murmullos tristes de la gente que se dirigía a la compañía, rezando para que nada malo les pasara a los suyos.

A ninguno dejaron entrar. Las mujeres gritaban pidiendo que les permitieran el paso a la mina, tan siquiera por un rato. El cochino de Matías cerró las puertas. Nadie hizo nada. La gerencia ni siquiera pidió ayuda a las demás compañías de la región. Los dejaron morir dentro de la mina.

Fue lo último que aguantó la gente. El miedo que la atosigaba, se desbarató hasta las últimas consecuencias. Los hombres decidieron no seguir trabajando, expuestos a una nueva y quién sabe si mayor desgracia. Decidieron levantarse en huelga. Al saberlo

Mr. Stevenson, trató de disuadirlos utilizando a la policía municipal. Pero el cambio que tuvieron los compañeros fue completo. Estaban desconocidos. A tal punto, que los uniformados no lograron meterles el menor miedo. Por lo contrario, si no se retiran a tiempo, los policías hubieran salido perdiendo.

Antes de declarar el movimiento de huelga, los compañeros tuvieron la precaución de cortar las líneas de telégrafo. Dinamitaron la vía del ferrocarril. Destruyeron el único teléfono. Inutilizaron el camino de terracería.

Por primera vez el aislamiento en que vivíamos nos era favorable. Sólo se mantuvieron, aunque bien vigiladas, las muy escasas poblaciones mineras cercanas a la nuestra. Por ahí se recibían alimentos y ayuda de toda especie. Por ahí nos llegaban las novedades de fuera.

A mí me liberaron de inmediato. Llegaron en montón a vaciar la cárcel. A quienes estábamos dentro, nos echaron sin más ni más.

Lo peor vino con el cura. Nos mandó decir que quería que fuéramos a su casa para tener una plática. Nos pareció muy raro su interés y pusimos el asunto a la consideración de la asamblea. Por mayoría, fueron escogidos cinco representantes y los cinco delegaron en mí la responsabilidad de encabezar la entrevista.

Con cierto recelo, nos dirigimos a la casa del señor cura. Cuando nos dieron la entrada, me dí cuenta del porqué la gente decía de él que vivía como si fuera príncipe. O rey. O personaje de esos que hacen derroche de riqueza.

La sala en que nos recibieron era enorme. Muy espaciosa. Con muebles y adornos que nunca habíamos visto. Tan confundidos estábamos con esa elegancia, que ninguno pensó siquiera en sentarse.

El sacerdote bajó por una escalera blanca y reluciente. El era

más alto que cualquiera de nosotros, aparte de que la sotana le hacía ver muy corpulento. Se veía impresionante. Con decirte que sentí cómo los compañeros se acobardaron de pronto. Al sacerdote, la mirada le brillaba igual que si tuviera en los ojos un manojo de relámpagos.

Al estar frente a nosotros, ni siquiera se preocupó en saludarnos. Y luego, como si ya nos conociéramos, se dirigió a mí. Su voz era fuerte. Hablaba con enojo, acostumbrado que estaba a mandar siempre, sin que nadie lo desobedeciera.

— ¿Qué estás haciendo? — preguntó, y a mí me pareció escuchar una explosión de barrenos. — ¿Esperan acabar con la única fuente de trabajo que hay en el pueblo? ¡Cuidado! La soberbia es un gran pecado y provoca la santa ira de Dios.

Los otros retrocedieron. Yo no. Me le enfrenté como igual hubiera hecho con cualquier otro hombre.

— ¿Cuál Dios? — le pregunté encorajinado. — ¿El dólar?

Abrió los ojos, tanto como le fue posible.

— ¡Insensato! Ya me habían advertido de tu cinismo. Tú eres el que ha comenzado este problema. *Vade retro*, Satanás. Quién sabe por qué tienes la malhadada intención de acabar con el pueblo. Tu propósito es destruirlo, y con tu maldad también te estás entregando al señor de las tinieblas.

— Ningún destruir al pueblo. Lo quiero mucho más de lo que usted puede quererlo, porque yo sí soy de aquí, y de aquí son todos los míos. Lo que pasa es que estamos exigiendo el derecho de ser tratados como humanos. Hemos tomado la determinación de ya no permitir que se nos explote, como hasta ahora han hecho con nosotros y con nuestros abuelos. Queremos que se nos garantice un mínimo de seguridad en nuestro trabajo. Porque en las condiciones actuales, ¿quién nos asegura que el día de mañana no ocurra una nueva desgracia? ¿Y nuestras familias?

¿Con qué las amparamos, si apenas les damos para ir pasando muy mal?

— ¡Hereje! — me contestó en medio de abundante saliva —. ¡Descreído! ¡Te quieres burlar de Dios! Y ustedes — se dirigió a los compañeros— no se dejen engañar con tan pecaminosa facilidad. No hay que olvidar que no sólo de pan vivimos. Cristo, el Cordero de Dios, ama a los mansos, a los humildes de espíritu. Cristo ama a los que son igual de pobres que El, que hubo de nacer en un pesebre y que jamás guardó riquezas porque su reino no era de este mundo.

Apenas oírlo, y en el estómago sentí el golpe del vómito.

— Usted no tiene derecho de hablarnos así. . .

No recuerdo cuántas cosas le dije. Aunque sí reconozco que hablé sin que nadie pudiera pararme. Le reclamé que nos estuviera hablando de pobreza, mientras que él vivía en medio de una comodidad insultante para un pueblo como el nuestro. Le exigí que predicara con el ejemplo.

Ya entiendo que tú, Mariana, eres muy creyente. Y como sabes que me fastidia, cada vez que puedes, rezas a escondidas, en voz bien queda. Pero yo alcanzo a escucharte. Me doy cuenta cuando estás en tus credos, aves marías y padrenuestros. Entonces me da harta muina y quisiera callarte. Nada más que me detengo y me pregunto quién soy para obligarte a pensar como yo pienso.

A mí, qué me van a presumir con esos asuntos de la religión. Si desde niño sufrí las consecuencias de un fanatismo inconsecuente. Los adultos me metieron en la cabeza la idea de que ciertas cosas eran malas, pero nunca me explicaron por qué. Que evitara hacer esto o eso otro, pues si no estaría faltándole a Dios. Que pensara en el castigo que nos esperaba después de la muerte. Que si estábamos en el mundo, era para glorificar a Dios y buscar

la salvación del alma. Que por ello, era preferible seguir siendo pobres, para no caer en tentaciones. Que como nada se mueve sin que intervenga la voluntad divina, debíamos aceptar la vida, como nos fue dada, sin protestar por nuestros sufrimientos.

A veces, ni podía dormir soñando con el infierno. Sentía que me quemaba por dentro y por fuera. Como si las llamaradas se me untaran a la piel.

Mi madre, también rezaba bastante, todo el día. Igual que tú. Y ya vez, ¿de qué le sirvió? Dios, su Dios, no quiso ayudarla. La pobre, pasó la vida sufriendo y sólo descansó cuando la fuimos a depositar en el panteón.

— Damián, di algo.

— Si no he dejado de estar diciendo cosas, lo que pasa es que tu no me escuchas. Parece que yo ya me he muerto, pues que me ves con una tristeza larga, larga. Tan larga como las sombras de este pueblo, que se ha quedado en el más espantoso de los abandonos.

Pero te comentaba lo del cura. Te decía que mis palabras le enfurecieron. De modo que sin la menor cortesía, nos largó de su casa dándonos a entender que para él éramos igual que basura.

Regresamos a la asamblea, a explicarles a los compañeros lo que nos había pasado, cuando . . . — ¿cómo olvidarlo? — llegaron a caballo. Los mandaba el Gobierno del Estado. Aún no me explico cómo fue que los desalmados gringos lograron comunicarse con la capital, cuando que creíamos tener controlada la situación.

Nos venadearon. Sin contemplaciones. Mataron a sangre fría mujeres y niños. Nosotros nos defendimos de la mejor manera. Hasta las piedras utilizábamos. Y ni para cuándo que estuviéramos en posibilidad de ganarles. Para meter más miedo, prendieron lumbre al pueblo. Por cualquier lado se oía el gritadero, las lamenta-

ciones y los llantos. Las mujeres llamaban a sus hombres, buscándoles entre tanto muerto.

¡Qué día tan terrible, Mariana! Tan terrible fue, que ante tanto desbarajuste acordamos rendirnos. No era cosa de dejar que siguieran matando gente como si anduvieran de cacería.

A mí, me llevaron cerca del panteón. Me desnudaron para que me golpeará el frío. Después, fueron ellos los que me golpearon. Yo no quería quejarme, pero es mucho aguantar. Hasta que no supe de mí.

Cuando tú fuiste a levantarme, yo era otro. Estaba como atontado. Mudo. Sangrando.

Recuerdo con qué cariño me arropaste. Con qué cuidado cubriste mis desnudeces llenas de oscuro y rojo. Con cuánto amor me fuiste arrastrando de modo de traerme aquí. Con qué dolor me explicabas, mientras lavabas para curar mis heridas, que el pueblo se había quedado solo. Con nada más que tú y yo. Todavía juntos. Sin nadie que nos acompañe. Ni los amigos. Ni los de la empresa. Ni los del gobierno.

El pueblo está muerto. Míralo: parece una tumba. Aquí se han quedado enterrados, y para siempre, nuestros sueños y las ilusiones.

Yo también me voy, Mariana. Como los demás, yo también te dejo. Me voy para nunca regresar. ¿No te das cuenta de que vienen por mí?

— Damián, ¿qué te pasa?

— Voy bajando a una mina en la que están reunidos mis compañeros de otros años. Veo también a mi madre que llega con los brazos abiertos, lista para recibirme. Adentro está muy oscuro. Hay demasiada humedad. Adiós, Mariana. Lo único que me duele es dejarte sola, sin un hijo que, cuando crezca, vele por ti.

Nadie ya podrá acompañarte como mereces. Te esperaré abajo. Cuando el Dios en el que aún crees, se compadezca de ti y acabe con tus padeceres. Te dejo sola, Mariana. Pero esta vez no puedo evitarlo. Los de allá abajo de la mina me arrastran, me arrastran, me arrastran, me arrastran. . .

— ¡Damián!

La Parábola
del Pigmeo